

CONFINAMIENTO Y DISPERSIÓN: DIÁSPORA

El riesgo de la Alerta Sanitaria para la vida cristiana

Desde los mensajes y alertas lanzados por nuestro Papa Francisco

La diáspora es la dispersión por el mundo de grupos humanos que se han visto obligados, por distintas causas, a abandonar su lugar de origen. La palabra, como tal, proviene del griego διασπορά (diasporá), que significa 'dispersión'. Las causas que dan lugar a diásporas son diversas y pueden obedecer tanto a conflictos religiosos, étnicos, sociales y políticos, como a problemas económicos. Todas estas situaciones pueden llevar a que un grupo de personas pueda verse forzado o coaccionado a abandonar el lugar de donde es originario.

La diáspora supone la idea de dispersión, lo que significa que el grupo humano pasa a disgregarse en una gran cantidad de países o regiones donde se les va dando acogida.

La situación actual de los fieles cristianos, confinados y sin poder reunirse en las asambleas eucarísticas y grandes celebraciones propias de este tiempo, bien podemos calificarla de "una vida en la diáspora" por la dispersión de esos fieles, por la privación del sacrificio eucarístico y de dicho banquete de comunión. Igualmente hemos de considerar en esta situación el riesgo de deformación del sentido comunitario de la fe por la dispersión de la conciencia individual ante el individualismo que acecha siempre en la soledad.

"Cristiano solo, cristiano nulo", decía San Cipriano de Cartago, y corremos hoy el "riesgo de ser a-nulados" por el decaimiento de la saludable y necesaria tensión espiritual que nos mantiene alerta y en pie ante las tentaciones y ante el oleaje ideológico de cualquier tipo. Estamos en la diáspora.

La palabra diáspora, como tal, fue originalmente usada en referencia a la dispersión de los judíos, obligados a exiliarse de su país, desde hace cientos de años, y que hoy en día están regados por todo el mundo. De allí que la palabra diáspora esté muy asociada con la idea de exilio. Hoy en día, sin embargo, es un término que se ha ampliado para designar a todo aquel pueblo, colectivo o grupo humano que se encuentra disperso fuera de su país de origen, de su patria.

La patria de los cristianos es el seno del Padre, como el Hijo de Dios que "no tiene donde reclinar la cabeza" pero que, "cuando todo estaba cumplido, inclinando la cabeza (en el seno de Su Padre) entregó el espíritu". Siendo el Padre Dios nuestra patria, el medio para llegar a ella por nacer "en Cristo" del agua y del Espíritu es el seno de la Madre Iglesia que, por la "dynamis", por la potencia creadora del Espíritu

Santo, en la Divina Liturgia nos alumbra con ese nuevo nacimiento del agua santa y nos nutre y eleva sin cesar hacia ese "Principio-sin-principio" de quien todo procede, incluso el Hijo y el Espíritu.

Estamos desterrados, exiliados, estamos en la diáspora porque estamos privados de nuestra patria en la tierra, la Sagrada Liturgia celebrada en comunidad. En ella, en la celebración de la Eucaristía y en todo lo demás por esa misma fontal celebración, nos lucramos de la fuerza que nos confiere la unión sensible con el Señor Jesús a quien comulgamos; nos nutrimos también, en ella y por ella, de la fuerza que visible y tangiblemente nos confieren nuestras reuniones. Ahora estamos ayunos de todo ello. Por todo esto, bien podemos empatizar con el Israel exiliado y hacer su misma experiencia del Dios providente y omnipresente que guía a Su pueblo a la tierra de promisión a través de todas y de cualquier circunstancia.

"Pero ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados.

En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocausto, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso; ni un sitio donde ofrecerte primicias, para alcanzar misericordia.

Por eso, acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde, como un holocausto de carneros y toros o una multitud de corderos cebados.

Que éste sea hoy nuestro sacrificio, y que sea agradable en tu presencia: porque los que en ti confían no quedan defraudados.

Ahora te seguimos de todo corazón, te respetamos y buscamos tu rostro."

(Daniel 3, 37-41).

El Papa Francisco subrayó, durante la Misa celebrada este viernes 17 de abril en Casa Santa Marta, que la familiaridad con Jesús debe ser comunitaria: con la Iglesia, con los sacramentos y con el pueblo. Advirtió que "una familiaridad sin comunidad, una familiaridad sin el pan, una familiaridad sin la Iglesia, sin el pueblo, sin los sacramentos, es peligrosa" ya que puede convertirse en una familiaridad gnóstica, espiritualista e individualista, desencarnada de la fraternidad y la justicia, una familiaridad falsa y aparentemente interpersonal pero desvinculada del pueblo de Dios.

La familiaridad de los apóstoles con el Señor siempre era comunitaria, siempre era 'en la mesa', signo de la comunidad, siempre era con el sacramento, con el pan. Así, aún en esa especie de diáspora en la que Vivian cristianos como San Pablo, en sus permanentes viajes misioneros como evangelizador, siempre permanecía la "comuni3n de altar" con todos aquellos miembros de cada comunidad que llevaba en el coraz3n de su oraci3n cotidiana y de la celebraci3n de la Cena del Se1or.

"Así completo en mi carne lo que le falta a la pasión de Cristo", decía San Pablo, y eso precisamente es lo que tenemos que hacer cada uno de los cristianos que hoy sentimos la punzada del hambre espiritual por no poder llenarnos del gozo recogido que nos proporciona la Divina Liturgia. Y ¿qué le puede faltar a la Pasión del Hijo de Dios? Le faltas tú y le falto yo; falta que hagamos de cada momento, de cada labor, de cada angustia o sinsabor de nuestro vivir confinados un altar en el que ofrecernos nosotros eucarísticamente, como víctimas de suave olor unidos a la víctima pascual, Cristo Jesús.

En ese altar cotidiano de la Iglesia doméstica del hogar, unidos a Cristo, unámonos con nuestro pastor, Mons. D. Francisco, y unámonos con él a todos los hermanos con los que solemos hacernos un solo Cuerpo por el Sacrificio santo del altar. A la Pasión de Cristo "le falta" que hagamos presente en la conciencia del corazón y en el corazón de la conciencia al Cristo total, todo entero, al Cristo-cabeza y a la Iglesia que es Su Cuerpo, pues es ese Cristo todo entero el que nos busca y se nos da saliendo de Su confinamiento del sepulcro para romper el nuestro con la fuerza luminosa de Su Pascua.

El Pontífice llama nuestra atención sobre estas "faltas", sobre estas carencias a raíz de la situación excepcional que vive la Iglesia debido a la pandemia de coronavirus, que ha obligado a celebrar la Misa telemáticamente al estar la población confinada.

El Papa Francisco nos señala que esa familiaridad gnóstica trabada entre las personas por la palabra de la imagen sin el Cuerpo es un peligro para los cristianos en este momento de encierro en que "todos nos comunicamos tanto", también religiosamente. Por los medios de comunicación, también en la misa, estamos todos comunicados pero no juntos, no necesariamente juntos espiritualmente, y la comunicación sin voluntad consciente y esforzada de mantenernos en la unión jamás conduce a la comunión entre nosotros ni con el Señor que es quien nos une a todos con lazos de amor, con cuerdas de cariño.

La hipercomunicación religiosa a través de las redes sociales y su enredo de motivaciones e intenciones... "Esto no es la Iglesia", subrayó. "Esto es la Iglesia de una situación difícil pero el ideal de la Iglesia siempre es con el pueblo y con los sacramentos. Siempre".

Hemos de permanecer atentos de no viralizar la Iglesia, de no viralizar los sacramentos, de no viralizar el pueblo de Dios. La Iglesia, los sacramentos, el pueblo de Dios son concretos, tangibles, son cuerpo y espíritu, imagen y palabra, plegaria y abrazo, comunión integral -física y espiritual- con Cristo y con quienes, conmigo y junto a mí, se unen a Él y, por Él, con toda la humanidad a través de la solicitud providente con la humanidad de ese prójimo concreto al que puedo tocar mientras le veo y le hablo.

Es cierto que en este momento debemos ser prudentes, "guardar las distancias" y hacer comunión espiritual, actos de contrición perfecta, etc.; es cierto que entre nosotros ahora tenemos que conformarnos con esta "familiaridad virtual", pero "para salir del túnel, no para permanecer en él", aseveró el Papa.

Acostumbrarse a sobrevivir con lo mínimo no puede hacer de lo mínimo el sustento suficiente ni la medida deseable de alimento y solaz.

El Papa puso como ejemplo de familiaridad cristiana con Dios la familiaridad mostrada por los apóstoles con Jesús, y que se revela especialmente cuando se reencuentran en Galilea tras la resurrección. Pedro y los demás apóstoles salieron a pescar al mar de Tiberiades, pero no pescaron nada. Cuando amanecía se presentó Jesús en la orilla, aunque no lo reconocieron. Jesús les invitó a volver a echar las redes, y obtuvieron una pesca abundante. Entonces lo reconocieron.

"Nadie le preguntó aquí quién era. Sabían que era el Señor", observó el Papa, porque tenían "una familiaridad cotidiana concreta, tangible, vital con el Señor". "Seguramente desayunaron juntos, el pez, el pan. Seguramente hablaron de muchas cosas con naturalidad. Esta familiaridad de los cristianos con el Señor siempre es comunitaria. Es íntima, es personal, pero es en comunidad".

"Esta es la familiaridad de los apóstoles: no gnóstica, no viralizada, no egoísta para cada uno de ellos, sino la familiaridad concreta en el pueblo, la familiaridad con el Señor en la vida cotidiana, la familiaridad cotidiana con los sacramentos en medio del pueblo de Dios. Ellos han hecho un camino de madurez en la familiaridad con el Señor. Aprendamos también nosotros a hacerlo", concluyó el Papa Francisco.

EL EFECTO DIASPORA

La Iglesia siempre es comunidad de fieles, aún en la diáspora del confinamiento; la vida cristiana es siempre comunitaria, aún en la recitación más silenciosa y escondida de un Padrenuestro.

Porque somos pueblo, porque somos comunidad de hermanos sentimos, junto con el hambre eucarística por Cristo, el anhelo de los hermanos con los que celebramos al Señor y junto con quienes caminamos al encuentro del que no deja nunca de salir a nuestro encuentro, particularmente cuando nosotros no podemos dar ni un paso hacia el templo donde se recoge en el sagrario su divina y viva Presencia.

Tenemos hambre del "Hermano mayor" y de todos aquellos hermanos con los que le solemos rodear porque, si el hombre es un animal político en tanto que es social por naturaleza, el cristiano es un animal de comunión, un ser necesitado de la autotranscendencia. Por la dinámica de vida que imprime en nosotros la relación con Cristo en la fe, necesitamos salir del encierro del ego al encuentro de quien más nos hace ser nosotros mismos en el encuentro con Él y con los que le buscan como nosotros, siendo hechos todos por El un lugar de anticipado encuentro y epifanía para los demás.

El confinamiento, nuestra diáspora nos recuerda, vivísimamente, cómo la Iglesia es pueblo de Dios y nuestras reuniones son asambleas -no grupitos, "capillitas" ni guateques espirituales- por la comunión en la identidad y en Aquél que nos la confiere.

Cuando un pequeño virus ha recordado a todo el potente mundo desarrollado cuál es la indigencia radical y la necesidad más profunda del ser humano -la necesidad del totalmente Otro y de todo otro-, nosotros hemos de grabar a fuego en nuestra conciencia que nuestra mayor fuerza siempre son los que están a nuestro lado y, como cristianos, cuando tratamos de vivir nuestra fe sin una profunda vinculación con la Iglesia de Cristo, con sus sacramentos y con los que la forman estamos reduciendo a mera ideología religiosa la palabra del Verbo de la Vida y ese modo de existir que es nuestra religión cristiana, más allá de los ritos y dogmas que vertebran y sostienen dicha forma de vivir.

El confinamiento nos exige estar más en vela que nunca, **pues puede ser una ocasión de autoafirmación en la fe y en la espiritualidad católicas o una hemorragia sin coagulación posible** que nos convierta en gnósticos individualistas y desencarnados de nuevo cuño.

La renuncia al poder como razón de ser y pauta de comportamiento es parte del que podríamos llamar "Efecto diáspora". **En la sociedad civil, y aunque no haya signo alguno que nos indique que esto pudiera suceder, esta "renuncia al poder" como absoluto sería un buen fruto de todo este desastre.**

Renunciar al reinado de la propaganda y al control de la información como medios para manipular la conciencia colectiva, renunciar a la absolutización de las cuentas de beneficios y dividendos, renunciar a tratar de subir siempre más alto aún a costa de tener que pisar las cabezas de muchos, renunciar a la explotación desmedida de la naturaleza y a tratar de controlar y cambiar sus leyes y su estructura natural... si, esto sería un fruto saludable tras superar la pandemia por haber aprendido de todo lo que la suscitó y la rodeó.

Y, ¿qué decir del "efecto diáspora" en la Iglesia, entre los cristianos? ¿Cabría afrontar esa 'renuncia de poder' para asumirla nosotros? El texto de Daniel 3, 37-41, que puso fin a la primera de estas tres partes de nuestra reflexión, nos indica que sí y nos señala el camino para despojarnos de ese fatuo intento por controlar la religión en el que podemos caer los creyentes de cualquier credo.

El pueblo de Israel era un pequeño pueblo que encontraba su fuerza en controlar las circunstancias y elementos que sostenían su identidad, una identidad religiosa en la que todo estaba atado y bien atado, ordenado, pesado y colocado en su lugar. Como podemos ver en el texto de Daniel 3 citado más arriba, la diáspora privó a los creyentes de ese orden material, de esa estructuración de las cosas, tiempo y actos religiosos abriéndoles al descubrimiento de "la tajada más jugosa" del llamado "efecto diáspora": el primado de lo espiritual vivido en comunidad de iguales.

Privados los hebreos del templo y de la mediación sacerdotal, alejados del culto y de la fuerza de los signos y símbolos que conectaban a los creyentes con sus antepasados a través de dichos actos de culto, el llanto y la nostalgia dieron paso al único modo en que podían seguir saciando su hambre de Dios, su sed de identidad, su necesidad de sentido vital por permanecer ante la Shekinah Yahvé que antes ardía, luminosa, en el santo de los santos del templo de Jerusalén.

Sin duda por divina inspiración y haciendo de la necesidad virtud, los hebreos comenzaron a probar algo de lo que el Señor Jesús nos entregó a todos con ese bautismo en el Jordán en el que instituía el nuestro.

La vida del creyente transcurre en la Presencia del Dios altísimo; **el sacerdocio común, el sacerdocio real de los fieles bautizados les pone en relación directa con Dios** sin necesidad de más mediación a la hora de presentar plegarias, súplicas y sacrificios, labor estrictamente sacerdotal que en toda otra religión realizan los elegidos como sacerdotes para el resto de los fieles. **La labor de los sacerdotes ordenados consiste en hacer presente a Cristo para enseñar, regir y santificar a los fieles de modo que puedan cada vez vivir con mayor autenticidad y santidad su identidad bautismal.**

(1Pe 2, 5) "Vosotros también, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo."

(Efesios 2.20–22) "Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra angular Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien ensamblado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu."

En la diáspora **el cosmos adquiere las características de un templo cuando tiene en su centro a un ser humano que encuentra su grandeza en tomar a Dios como su propio centro**, su norte, su sentido vital y su destino.

Aún en la esclavitud de Babilonia, **el trabajo de los hebreos era un acto cultural sembrado por la recitación de los salmos**. Aún en el confinamiento al que les sometían sus opresores tras la labor, **la lectura amante y adorante de la Torah, de la Palabra del Dios vivo, ensanchaba el corazón de los creyentes encerrados** recordándoles no sólo cómo es el Dios providente de sus padres sino cómo pueden llegar a ser ellos cuando apoyan su vida y ponen su confianza en quien no sólo siempre está sino que además permanece siempre vuelto hacia ellos en toda necesidad.

¿Cómo puede afectar a los sacerdotes la renuncia al poder del "efecto diáspora"?

¿Nos dejaremos interpelar por el llamado del sucesor de Pedro a ser líderes del pueblo "en la insignificancia" de una vida contemplativa encerrada?

¿Aceptaremos que nuestra capacidad de convocatoria esté supeditada al bien común y que esto no merma en absoluto la fecundidad y la relevancia de nuestra paternidad espiritual?

¿Nos atrevemos a que los fieles tomen en sus manos el testigo del protagonismo eclesial que tuvimos clérigos y religiosos en otras épocas?

Preguntas comprometedoras éstas que requieren respuestas comprometidas.

Examinémonos a la luz de la memoria de "nuestros hermanos mayores en la fe", como llamó S. Juan Pablo II a los judíos, y **hagamos de nuestra diáspora una siembra fecunda y no un simple barbecho**, como hicieron ellos por la iluminación y la guía del Señor de los ejércitos que a nosotros se nos ha manifestado como un rostro de misericordia con nombre propio.